

SIN DIOS NI LEY

Quito.—Tip. de la Escuela de Artes y Oficios.

SIN DIOS NI LEY

SIN DIOS NI LEY

Se acerca el tiempo en que el intrépido General Alfaro, cubierto de gloria, y más que todo con la conciencia al parecer satisfecha de haber obrado el bien posible á despecho de sus enemigos, descienda tranquilo del solio presidencial á ocupar el pobre pero honrado lugar de modesto ciudadano. Día solemne será aquel en que, con el corazón sereno, al depositar en manos de la Nación la banda republicana, diga orgulloso, con el orgullo de la honradez: "Hice todo el bien que pude, y, mirad, nada me llevo". Y el pueblo ecuatoriano le aplaudirá convencido de que así es. Pero esos aplausos serán justos?

Cuando contemplo á Alfaro, pródigo en hacer el bien, generoso y magnánimo con sus enemigos; terrible en el campo de batalla, ahogando con mano robusta la hidra revolucionaria que se retuerce iracunda y fanática bajo sus pies, y que, cuando cree haberla vencido, le muerde en el corazón. Cuando veo, más que al protector, al padre de la raza india, que ayudado de hombres como Cueva, Peralta y Moncayo, arranca el azote de manos del señor y enjuga las lágrimas que desde hace tan largos años ruedan en silencio por las mejillas de ese infortunado, de ese ser abyecto que los españoles nos lo dejaron con el nombre de indio; entonces ¿á qué negarlo? la figura de Alfaro se levanta á mis ojos imponente, se viste con las cascadas de luz de un sol primaveral, adquiere propor-

ciones gigantescas y le juzgo al intrépido Caudillo del liberalismo, digno del glorioso laurel que afanoso ha perseguido por tan largos años. Avido recorro las páginas dolorosas de su historia, y le miro en Esmeraldas resuelto á morir batiéndose á la cabeza de sus bravos, antes que ampararse de la frontera colombiana; le miro entre sus soldados, más como amigo que como jefe, dándoles su propio alimento por tal de reanimarlos, por tal de que le acompañen en esa lucha desesperada contra la infame tiranía. Le admiro en Manabí embarcando un puñado de valientes, últimos restos de tanto batallar, y conduciéndolos al combate á pesar del destino, á pesar de todo; con indomable valor, y lo que es más, todavía con fe, todavía con esperanza de ver flotar cobijando la tierra ecuatoriana, el pabellón inmenso del patriótico liberalismo. Le veo desvalido, abandonado, y le admiro respetuoso, y le creo digno, si, digno de la gratitud de la Patria. ¿Qué provincia, qué pueblo de alguna consideración no ha recibido algo de sus pródigas manos. Aquí casas de beneficencia, allá casas para la educación de la infancia; en todas partes edificios comprados por el Gobierno, por esa entidad moral pobre de solemnidad, y cuyo crédito, después de la muerte de García el Grande, se hundió para siempre en el lodo, gracias á sus desvergonzadas socaliñas para levantarse ahora, con Alfaro, si no vigoroso, al menos vivo. Edificios de gobierno, y comprados cuándo? cuando todos los fanáticos hacían el último esfuerzo para derribar del solio presidencial á tan heroico Caudillo, cuando parecía que todo el oro de las cajas nacionales apenas iba á ser suficiente para cubrir los gastos de una lucha fratricida. Volvamos los ojos atrás y contemplemos lo que ha pasado en los Gobiernos anteriores, cuando han tenido que arrostrar una guerra general. Las cajas exhaustas, los empleados civiles hambrientos, la instrucción primaria en el peor abandono; deudas por todas partes, y, en tan triste desequilibrio, sólo el militar y á su cabeza el Jefe de la Nación haciendo su agosto. ¿No hizo así Veintemilla, no hizo así Caamaño? ¿Se pensó en algo en esos aciagos gobiernos, se pensó en algo fuera de matar? Seamos justos, y al establecer la comparación entre los mandatarios de ayer y el General Alfaro, no le neguemos á este último mucha honradez y patriotismo. Si, patriotismo. Vedle si no, en una mano la espada, jugando á muerte ó vida, rodeado de enemigos que brotan por todas partes, como brotan de los sepulcros asquerosas larvas; quizá no esperando otra cosa que morir con gloria en el campo de batalla, y agitándose todavía ansioso de hacer algún bien á su patria adorada. ¿No fué en los peores momen-

tos de conflicto, cuando la Academia Ecuatoriana volvió á reinstalarse, volvió á la vida, gracias al dinero que le suministró por medio de sus dos Ministros Peralta y Yero-vi? ¿Cuándo, desde 1875, la Instrucción Pública ha estado mejor servida y ordenada? Se pagan becas en el extranjero para la educación de jóvenes ecuatorianos que más tarde serán el lustre de la Patria; las artes florecen, y estas y las ciencias cuentan con un apoyo material de los más marcados. Los hospitales y colegios reciben pingües donativos, y todo esto con un presupuesto que los otros Gobiernos creyeron insuficiente hasta para ellos. Y este realce que se nota en lo grande se hace visible también en lo que parece pequeño, aunque no lo sea; como en el periodismo, por ejemplo. Si, hasta la prensa periodística puede decirse que ya tiene vida propia en la Capital, al revés de lo que sucedía en otros tiempos en que todo periódico moría en la infancia herido por el puñal de la tiranía ó por el garrote de la pobreza.

¿Y al considerar todo esto seremos tan injustos que neguemos á Alfaro lo que no supimos negar á Flores á pesar de sus Condes proyectistas; esto es la honradez? ¡Ah! Cuando se pesan en justa balanza hechos de tanto bulto, no puede uno menos que reconocer en el actual Jefe de la Nación, un hombre gigantezco, un segundo García Moreno. Si, un segundo García Moreno, y esto aunque los devotos de tres al cuarto y algunos religiosos de misa y olla den paso á la sarcástica risa al oír tal comparación. Ellos talvez me dirán: Alfaro no comulga, Alfaro en vez de importar frailes trata de librarse de ellos, Alfaro no da limosnas para las novenas ni paga espléndido al que predica el jubileo. Cierto; no hace nada de eso, sin que por esto deje de ser la figura más parecida á la del Gran Cristiano; puesto que á éste no le estamos juzgando como santo, no es ahora el momento oportuno de escribir la causa de su beatificación, sino como Magistrado, como patriota. ¿Y quién me negará que las obras del Mártir del año 75 que quedaron abandonadas en el olvido por tántos días, han sido unas ventajosamente renovadas, otras llevadas á feliz término por el indomable luchador de Gatazo? ¿Quién, si no se parece á Julián de San Martín que cree elevarse sobre todos sus compatriotas, subir á los cuernos de la luna con solo decir que Alfaro es ladrón y torpe, será capaz de decir que en la actualidad estamos más atrasados que en el tiempo de Caamaño, por ejemplo? No; nadie, salvo algunos fanáticos á quienes nada puede convencer, patrioterros de por vida, cuya política reside en la panza, puede con justicia hacer al General Alfaro cargo alguno que oscurezca la brillante aurora que le rodea.

Nadie, salvo nosotros los habitantes de la provincia Oriental, de esta tierra desventurada en la que no se hace más que vejetar de una manera estúpida. Sólo nosotros podemos decirle: Señor, en alas de la fama nos ha llegado el eco de los beneficios que habéis hecho en otras partes, pero no los creemos; nos dicen que sois patriota, y también ponemos en duda; pues que, de serlo verdaderamente, no habríais dejado en olvido este suelo infortunado que tan Ecuador es y tan digno de vuestros beneficios como cualquiera otra porción de la República. Se ha protegido la raza india reglamentando el concertaje y librándola del pago de muchos derechos, pero esa protección por la que tan agradecidos deben estar los indios de las poblaciones interandinas, no se ha hecho sentir aquí donde ni hay conciertos ni nadie les cobra derecho alguno. Las necesidades varían con los individuos que componen la sociedad; y las libertades que en los pueblos de la sierra han podido ser provechosas y justas, en tratándose de una raza desvalida que por tantos lustros soporta paciente la esclavitud, son aquí de ningún valor y hasta peligrosas. Decir al salvaje de Oriente, á ese niño viejo, que el Gobierno respeta su libertad y que por consiguiente es dueño de hacer lo que le parezca, es, en vez de darle protección, propender de una manera directa á su mayor embrutecimiento, es autorizar su eterna y tradicional ociosidad, es destruir so color de libertad, las nacientes poblaciones que desde la salida de los jesuitas apenas se sostienen; y esto, sencillamente, porque la naturaleza de ellos repugna todo trabajo; porque no habiendo saboreado nunca las ventajas de la vida social, la desprecian, afanándose sólo en retirarse á lo más agrio de las montañas para librarse de una vez de lo que ellos llaman pesadísimo yugo; de la vida en común, cosa que al fin la lograrán al paso que vamos. ¿Y qué habrá ganado la República, qué nosotros, cuando veamos destruidos los pocos pueblos que existen, si pueblos pueden llamarse las agrupaciones de casas desiertas los once meses del año, y que sólo le sirven al indio para esperar al gobernador cuando saben que va á venir á visitar ese pueblo, en el que, generalmente, la primera autoridad sólo permanece pocos días, hasta hacerse de víveres para continuar su viaje y dar algunas disposiciones á cual más locas y absurdas.

¡Oh! si el General Alfaro supiera en lo que aquí estriba la ley, si supiera el modo cómo se ampara la libertad individual, el cierzo crispador del desaliento helaría su corazón. Unos, prohíben la introducción y venta de armas de fuego, obligando á los que las tienen á exportarlas á lejanos lugares; prohíben que las que están en manos

de los indígenas puedan ser reparadas, y todo esto bajo la pena de expulsión de este encantado paraíso. Prodúcese el descontento; los comerciantes al ver decomisadas sus armas, lamentan una pérdida irremediable; las quejas menudean, nos creemos próximos al tiempo en que no había más armas que la cumbamba con que Caín mató á Abel; y no obstante la primera autoridad cree que ha protegido á la raza india, que ha amparado el comercio! Otros, creyendo que el verdadero progreso consiste en que los indios no puedan moverse una vara del lugar que habitan, atacan la libertad individual de esos infelices, les impiden hacer sus casas en el lugar que ellos eligen, acosan y castigan al blanco que á fuerza de maña y dinero, ha logrado conquistar alguna familia para que le acompañe en el lugar que él habita; y, cuando nadie resuella en presencia de la autoridad, creen que nos han puesto en el pináculo de la civilización; que no tenemos más que desear sino subir al cielo en alas de nuestra próspera grandeza. Se afanan, se agitan como niños; dan golpes por todas partes sin que acierten nunca á dar uno solo en el clavo. Verdaderas arañas del poder, se deslizan por todas partes desbaratando hoy, llenos de desaliento, la tela que ayer no más tejieron afanosos. Siendo como es inmensa la región oriental, en la que pudieron caber con holgura las veinte ciudades de Mahoma, para cada pueblo perdido en este mar de esmeralda, establecen una ley especial; ley no sé si diga protectora ó enemiga de las tripas de las familias que aquí habitan. Esto parecerá al que no conozca el Napo, una exageración vergonzosa; pero nada hay más dolorosamente cierto. Muchos gobernadores, creyendo hacernos un bien inmenso, se han metido hasta en nuestras barrigas, sujetando á los indefensos estómagos á un reglamento digno de Joseph en los tiempos de Faraón.

Como es natural, los indios, quizá porque una persona les paga mejor que otra, ó también por algo de cariño, ó por lo que sea, acuden donde ella con más confianza y en mayor número á venderle los artículos de primera necesidad; y mientras éste colecta lo que no alcanza á consumir, otros apenas reúnen lo necesario. Nótales el Gobernador y acude amoroso á poner remedio cortando por lo sano. Prohíbe que ninguna familia compre cosa alguna, fuerza á los indios á depositar todos los víveres en la casa gubernativa, y, como buen padre, vuelve á vender al mismo precio á todo el que desea, empezando por los empleados de Gobierno, cuya necesidad desafía cualquiera existencia por grande que sea. Acuden también los particulares, y al ver que no ha quedado para ellos ni

la décima parte de lo que justamente necesitan, se retiran haciéndose cruces y murmurando entre dientes: "no hay remedio, estamos en hambruna". Pierden el tiempo atendiendo á estas niñerías y dejan, entre tanto, que la provincia de Oriente vaya á pasos gigantescos á su ruina, sin mirar que ese abandono va á causar irreparables pérdidas y serios conflictos para el día de mañana.

Pero ¿qué mal, qué peligro es el que hay que evitar? ¿Hay algún Gobernador que los haya señalado? No; ninguno: soy franco en decirlo; ni en estos tiempos ni en los anteriores; y no por falta de luces, sino porque ese es nuestro destino. Hay cosas de tanto bulto que si no se ven se tocan, y no es posible suponer que hombres de alguna ilustración, merecedores por tanto de la confianza del Gobierno, sean tan sencillos y candorosos, por no emplear otros términos, que no hayan caído en la cuenta de lo que debían hacer, de lo que era necesario evitar; tanto más cuanto que no han faltado nunca, á tiempo y á destiempo los oportunos avisos. El mal está en la rápida desaparición de las poblaciones formadas. El pueblo de Santa Rosa no existe ya; y apenas si por su iglesia arruinada, por sus casas destruidas, se puede adivinar el sitio en que se levantó orgulloso y floreciente. Los indios que le formaron vagan errantes por todas partes, los más en territorio peruano. ¿Es este el modo de proteger la libertad de los indios? Ese pueblo necesario, por ser punto de escala obligada á todos los navegantes del río Napo, ha desaparecido y con él la cómoda vía que iba derecha á rematar en el Loreto después de atravesar poblaciones numerosas como Cotapino. Hoy para visitar este pueblo, entrando por el río Suno, se gasta quince veces más tiempo que antes. El pueblo de Payamino tampoco existe; el del Ahuano tiende á desaparecer con increíble rapidez: diré mejor ya casi no existe; pues las veintiocho familias que lo componen viven en completo abandono, sin reunirse casi nunca; no por falta de voluntad sino por no tener donde; una vez que, en lo que se llama pueblo del Ahuano, salvo la iglesia no hay una sola casa.

El Suno ha desaparecido también. Las cinco familias que le habitan no pueden construir una población. Pucaurcu, gracias á la libertad sin medida que se ha dado á los comerciantes de poderlos llevar á larguísimas distancias, donde reinan endémicas las fiebres palúdicas, ha disminuido en más de la mitad, y desaparecerá también si no se pone coto á tanto abuso.

¿Es este el modo de gobernar con acierto? ¿Es este el modo de velar por la futura grandeza de un pueblo? Pero volvamos por la justicia. Querer imputar á la falta

de patriotismo en el General Alfaro el molestar profundo que nos aqueja, es absurdo. Un hombre solo por atlético que se le suponga, es incapaz de sostener sobre sus robustos hombros el peso de una república entera. Necesita cooperadores. Hombres decididos á sacrificarse por el bien ajeno, fija siempre la mirada en el porvenir, en la justicia; corazones indomables, incapaces de retroceder, cuando se creen en el buen camino, aun que se levante borrascoso en torno de ellos el desdén ó la calumnia. Desgraciadamente esos hombres templados como el acero, no siempre son visibles aunque abunden. El oro nunca flota sobre la espuma; se esconde en las oscuridades de la tierra. El mérito es humilde. Raras son las veces en que se adivina bajo los harapos del porquerizo, la tiara de Sixto V.

El Caudillo del liberalismo ha buscado con afán esos hombres, y los ha encontrado talvez; pero al pesar sus méritos en la balanza de la justicia, los ha creído más necesarios cerca de su persona ó por lo menos en los lugares civilizados; contentándose con enviar al Oriente hombres de pundonorosa honradez y no escasos de amor patrio pero de escasa firmeza de carácter; de esa fuerza oculta que dá la fiereza del león en los ataques y la tenacidad del hierro al resistir.

Seamos justos. El actual Presidente, y esto porque el mismo señor Jacinto Nevárez lo asegura, ha puesto á disposición de dicho señor todo lo que crea necesario para la apertura de un camino ó de cualquiera otra obra de utilidad general. Lienzo, dinero, herramientas, decidido apoyo, todo está pronto; y, sin embargo, con verdadera amargura es fuerza confesar que no se ha hecho nada. ¿Es esto creíble? El Consejo de Ministros y á su cabeza el General Alfaro, resuelven establecer una población cerca de la frontera, para contener los insidiosos avances de los peruanos. El proyecto es bello, patriótico: los medios con que se cuenta para llevar á cabo tan importante obra son inmejorables: se hacen los primeros gastos: viene el individuo que debe residir en el Bajo Oriente, en calidad de Comisario general: todo marcha bien por el largo tiempo de treinta días. Se comienza á desmontar el área para la nueva población; después . . . disturbios arriba, socaliñas abajo, descontento y maldiciones por donde quiera; resultando de todo esto, al fin de cuentas, que tan magnífico proyecto vuelve á su punto de partida, y el dinero que el Gobierno generosamente dió se pierda no sé donde: el hecho es que no aparece por ninguna parte.

El Ministro de Hacienda, señor Yerovi, busca afanoso una persona de honradez que le proponga algún proyecto sobre caminos á la región oriental, y no teme, lo que

no ha pasado nunca, ofrecerle el dinero adelantado. ¿Quién se presenta? ¿quién se mueve? Mayor silencio, mayor quietud, no reinan en el sepulcro. Pero, no; alguien se ha movido, y esto sin esperanza de recibir nada. El ex-Gobernador, Sr. Hurtado, se empeña en hallar una nueva vía que nos ponga en comunicación con la Capital. Parte intrépido con los pocos indios que ha podido conseguir; atraviesa sin parar las imponentes selvas; domina el Antisana, y por fin, al cabo de innumerables fatigas llega á Quito. Desgraciadamente sus esfuerzos, su entusiasmo han sido inútiles. El camino por ese lado es impracticable. Las inmensas cordilleras que atraviesan de Norte á Sur la provincia de Oriente, son otros tantos escarpados malditos que impiden toda salida. Aquí rocas escarpadas, allá derrumbos espantosos que crisan los nervios del más osado; peligros á cada paso, ciénagas profundas que hacen perder la esperanza de obtener un camino mejor que el infernal sendero que nos une con la Capital. Pero entonces ¿qué hacer? ¿Será que estamos condenados sin remedio á morir en el mismo aislamiento, en el mismo abandono que tantos años hemos soportado? No, creer eso sería creer que estamos dejados de la mano de Dios. Tenemos el camino espantoso es cierto, pero hecho ya, que partiendo de Papallacta da fin Archidona. Según el sabio Wiener que midió esta vía con escrupulosa exactitud, resulta que no tiene más que 23 leguas, descontando las once, más ó menos que puede tener de Quito á Guamaní. ¿Por qué el Supremo Gobierno, en vez de andarse por los cerros de Ubeda, no se empeña en refaccionarlo? ¿Se cree por ventura que abrir un nuevo camino costará menos? Error profundo que nadie se atreverá á sostenerlo si considera que los gastos son tanto mayores en esa clase de obras, cuanto más abandonado y abrupto es el terreno en que se opera. ¿Que hay muchos ríos en la antigua ruta, casi todos de tal anchura y tan imponente caudal de aguas, que es difícil si no imposible, ponerles un puente estable? Es verdad: los ríos son innumerables y todos en general peligrosos y anchos en tal manera que, si no se echa mano del recurso extremo de ponerles puentes colgantes de acero, es inútil insistir sobre el mismo asunto, quedándonos para ese caso el recurso de buscarlo por otra parte más accesible que las cordilleras del Napo. ¿Por qué no buscar una vía más cómoda, siguiendo desde la antigua ciudad de Baeza, el curso del río Cozanga? Bien sabido es de todos por la relación que hizo de su viaje el intrépido cuanto infortunado Gonzalo Pizarro, que desde Baeza hasta donde el río Coca es navegable, no encontró una sola cordillera sino planicies inmensas

como sus locas esperanzas. El manuscrito á que me refiero se halla en la Biblioteca de Lima á donde remito á todo aquel que ponga en duda mis palabras, y en el que puede ver que si tanto demoró en su memorable viaje, fué, no por los obstáculos que encontró, sino porque en ese mar de verdura, sin ver en muchísimos días la luz del sol, iban á ciegas dando vueltas interminables, hasta que cansados de tan inútil caminar, volvieron sobre sus pasos y tomando las orillas del Cozanga, avanzaron hasta su confluencia con el Coca en nueve días. ¿Por qué, pues, si esto consta en documentos auténticos no se intenta una exploración por ese lado? tanto más que los gastos serían relativamente pequeños; pues no subirían á mil sures, y bien vale la pena que el Supremo Gobierno destine tan corta cantidad con la esperanza de hallar una vía practicable que pague con creces sus esfuerzos.

Mas, esto, como todo lo que demanda trabajo ó dinero, necesita tiempo, y fuerza es resignarnos por ahora á sufrir con paciencia los golpes de nuestra menguada fortuna, contentándonos con procurar, ya que eso no le cuesta á nadie nada, algunas leyes que mejoren de un modo ventajoso la situación económica de esta provincia. Y ni aun eso pedimos, sino que se pongan en vigencia las que ya han formulado los gobiernos anteriores, pero sin reparos ni condescendencias de ninguna clase. Las ventas al fiado, por ejemplo, fueron prohibidas por García Moreno en 1870. En el reglamento que aquí se dice vigente también lo están; ¿por qué no se lleva á cabo esa prohibición, siendo así que es conocido por todos el mal inmenso que de tan estúpida negociación le resulta al comprador que obligatoriamente es el indio?

Las ventas al fiado son un cáncer que cada día va tomando mayor incremento á despecho de la civilización, y es fuerza estirparlo cuanto antes. Muchas razones acopiaría en este lugar para probar lo que digo; sobre todo las alegadas en todo tiempo por los PP. de la Compañía de Jesús, mas las callaré todas por amor á la brevedad y porque supongo que esto no necesita demostración. Bien notorio es á todo ecuatoriano, sabio ó ignorante, que esos negocios, llamados por otros ventas á la trampa, esconden un fondo de inmoralidad que no se puede mirar sin horror, desde el momento que el indio de estos lugares, ese hombre bruto y desdichado como nadie, y como bruto ladrón; pero ladrón á tal extremo que puede creerse sin temor de agraviarle, como dijo cierto poeta, "que ha vinculado en las uñas todo su entendimiento"; trata de robar al comerciante todo lo que necesita, con el pretexto de que le pagará algún día; esto es: cuando se vuelvan á ver. Y el

vendedor que, por su oficio, conoce perfectamente con la clase de compradores que se las ha, centuplica el valor de sus efectos, á fin de que aunque de treinta le roben los veintinueve, saque todavía pingüe ganancia. Por esto que digo, no es raro ver que entre esos infelices llegue á valer un machete una arroba de caucho, esto es treinta sucres; sin contar con los vejámenes, las injusticias, los malos tratamientos de que son víctimas cada vez que se hallan en presencia de su verdugo disfrazo con el nombre de acreedor.

Extíngase el fiado para siempre; pero no de la manera que pretendían los jesuítas, quienes por querer mucho lo perdieron todo. Extíngase el fiado, reglamentando el modo y la forma cómo deben pagar lo que actualmente deben. Hacer que el comerciante pierda irremisiblemente lo que con su espontánea voluntad compraron los indios, sería injusto, sería robarle. Exiba cada comerciante sus libros de cuentas ante la autoridad respectiva; márquese un plazo á cada uno para que pueda hacer sus cobros con vista y apoyo decidido de las autoridades locales; y ese enorme escándalo dejará de existir sin quejas ni descontentos. Y esto por la sencilla razón de que los negociantes se darán por muy bien servidos con percibir íntegras las utilidades de tantos años.

Para la raza india, las ventajas serán todavía mayores. Obligados á comprar de contado, tendrán libertad de escoger; se establecerá la competencia entre los comerciantes, y lo que ahora obtienen al precio de veinte, lo comprarán después por cinco; produciéndose con esta medida un alivio real y de los más marcados en el modo de ser de todos esos infelices; alivio que ya ha comenzado á dejarse sentir en muchas partes, gracias al influjo notable y á la honradez de la Compañía Colombiana González y Mejía. No quisiera tratar aquí de estos señores, á quienes debe la provincia oriental beneficios de tanto bulto que en vano tratará de olvidarlos; pero amantes de la justicia y la verdad, al ver el modo ruin con que muchos han interpretado sus mejores intenciones, me creo en el deber de manifestar el error que han cometido al pagar con odios y calumnias lo que debió recibirse con gratitud.

Desde tiempos atrás se viene acusando á esta honrada Compañía de monopolizadora y abusiva; pero ¿con qué pruebas? ¿Dónde están los documentos que demuestren, no diré palmariamente, si no siquiera de un modo verosímil tan calumniosas imputaciones? No, esos documentos no existen, no han existido nunca, porque una nota oficial dictada por el odio, el interés ó la venganza, no

puede constituir, no puede ser prueba suficiente para arrastrar por el lodo la honradez de personas distinguidas y harto bien aceptadas en nuestra sociedad, como el General González Garro, cuyas limpias ejecutorias muchos de los nuestros las envidiarían. Pero demos por caso que esa honradez nos sea absolutamente desconocida; supongamos al General González, si esto nos es permitido, un negociante cualquiera y aun más, un hombre que no repara en medios, por prohibidos que parezcan, si estos le han de conducir al logro de sus fines, y veamos si así, esto es, colocándole en la más baja posición moral que puede tener un hombre de honor, poniéndole al nivel de los más vulgares agiotistas, ha podido de algún modo realizar ese decantado monopolio abusando del caudor ó de la estupidez de los indígenas.

Extranjero en el Ecuador, desconocido en la provincia de Oriente, y más aún hasta sin conocimiento del idioma que allí se habla, ¿qué ecuatoriano, con mengua de sus intereses, le puso al corriente de lo que allí se podía hacer? ¿qué Gobernador, aún suponiéndole el más infame de los nacidos, tuvo en sus manos los corazones de los veinte mil salvajes de Oriente, para hacer que estos fuesen mansos á humillarse á los pies de su verdugo? ¿Es que todos nosotros hemos perdido el último destello de honradez, es que ya no nos interesa nuestro propio bienestar, cuando hemos consentido sin hacer oír una sola voz de protesta, que una compañía extranjera nos arruine arrebatándonos el pan de nuestros hijos? No, eso es absurdo. Para permitir eso habría sido antes preciso que careciésemos hasta de sentido común. El bruto mismo defiende á coces y dentelladas el alimento que está devorando; y nosotros habríamos luchado á brazo partido hasta vencer ó morir. ¿Acaso selló nuestros labios el temor? ¿Temor de qué? ¿Podían inspirarnos miedo dos extranjeros, sin relaciones de ninguna clase, desconocidos absolutamente de los indígenas, que se presentaban en medio de nosotros solos é indefensos sin más recomendaciones que su honradez? No, eso hubiera sido más pueril que el miedo que ocasiona á los niños su propia sombra. Nada hemos hecho, porque nada teníamos que hacer con esos dos hombre que aportaban sus capitales, no con el objeto de hacernos esclavos sino de darnos garantías; si así no hubiera sido, jamás la Compañía habría arribado á un término feliz. Ella ha absorbido, es cierto, una tercera parte de los negocios de Oriente, más no con el abuso y la maldad sino abriendo las manos hasta más allá de donde le permitían sus intereses. Absorbió los negocios atrayendo á los compradores por medio de la baratura de los precios en

que puso casi todos los artículos de primera necesidad, y esto sin coartar la libertad de un tercero, antes bien protegiéndola de un modo positivo; pues arriesgó su dinero dando á cuantos solicitaban algún crédito cantidades no despreciables con las que muchos han logrado al presente un modesto bienestar. Si esto se llama monopolio y abuso, nosotros estamos en el caso de bendecir el abuso y el monopolio; no porque yo haya sido quizá uno de los favorecidos por esa Compañía á la que precisamente nada le debo, sino porque desde Archidona al Tiputini, apenas si hay cuatro personas que pueden decir otro tanto. Hombre práctico en los negocios, el General González, comprendió al primer golpe de vista que el único medio de hacer algo era dando facilidades á todos para que todos acudiesen á él; de otro modo la Compañía, aun contando con el apoyo material del poder, se habría visto perdida sin remedio; pues todas las fuerzas de nuestro Gobierno se hubieran estrellado contra la voluntad soberana de la Nación á la que habríamos apelado en todo caso al vernos desamparados.

El monopolio no ha existido nunca, no ha podido existir en la provincia de Oriente, tanto por nosotros mismos como por la acrisolada honradez que distingue á los Sres. González y Mejía. Estos han venido no á robar como imprudentemente se ha dicho en muchas ocasiones, sino á buscar el acrecentamiento de sus caudales por medio del trabajo honrado. La misma posición social que ocupa entre nosotros el Gral. González, le habría impedido mezclarse en asuntos que, al llenar de oro las manos cubren de lodo el corazón.

No es un nombre vano la honradez ni una cosa tan baladí para que un hombre como él en el último tercio de su vida, manche sus canas por un puñado de dinero y deje á sus hijos un nombre infame.

La Compañía colombiana no ha pensado en deshonorarse de esa manera y abrigamos la convicción de que así seguirá procediendo en adelante por su mismo interés; pues que ese es el único camino que le queda abierto para conseguir sus fines que los veo tanto más cercanos y seguros cuanto más nuestro Gobierno trate de arraigar en el suelo oriental el imperio de la ley y la justicia, cortando los muchos abusos que allí viven como en su centro, y entre estos las ventas al fiado de que hace poco nos ocupamos.

Pero esto no es todo. Hay otros puntos de mucha importancia en los que es preciso fijarse con suma atención. Me refiero á la industria del aguardiente, á la educación de la infancia y al mejor arreglo de los pueblos.

El alcohol, ese líquido fatal que tanto sube orgulloso á la mesa del gran señor como se agazapa humilde en el hogar del mendigo; vicio que cunde por todas partes, execrado en unas, amparado por la ley en otras, es un mal que necesita pronto remedio.

La raza india, e tendiéndose que no me refiero sino á los habitantes de esta provincia, á los *yumbos* como suelen decir en Quito; estúpida por naturaleza, incapaz de nada bueno, entregada á la pereza con todas las fuerzas de su corazón; ¿á qué abismo llegará si en vez de propender á su mayor cultura se la embrutece más por medio de tan matadora bebida? Evidentemente á su destrucción completa; pues por sabido se calla, que el alcohol no sólo disminuye de una manera sensible las fuerzas cerebrales, sino que conduce casi fatalmente á la muerte por los graves desórdenes que ocasiona en los lugares más importantes de la economía. Y aunque esto no suceda, ¿qué productos de buena calidad nos será dado esperar de hombres debilitados por todo género de excesos, de hombres en los que ha desaparecido la conciencia del yo? Sus hijos, como es razón, vendrán al mundo rebotando en defectos físicos y morales; y estos seres infelices ó estarán destinados á morir en la infancia, sin dejar huellas de su paso, ó á engendrar hijos más estúpidos que ellos: á extinguirse para siempre ó á dejar seres que tengan más afinidad con el cerdo que con los de su propia especie.

No es mi intento que se mate en la infancia una industria como el cultivo de la caña de azúcar, destinada á dar grandes resultados en lo futuro; pero bien se puede, una vez que el objeto que se desea alcanzar, es que el indio deje en cuanto sea posible un vicio que le conduce infaliblemente á su ruina, prohibir, no en la provincia entera, sino en los pueblos comprendidos de Archidona al Suno, la venta por menor de los productos alcohólicos. Y no se crea que con esta traba se ha perjudicado á los que se ocupan en el cultivo de la caña. Sabido es por todos los que moramos aquí, que del aguardiente elaborado en los pueblos de Archidona, Tena y Napo, no se consume ni la décima parte entre sus pobladores, teniendo los industriales que enviarlo á la Coca, Tiputini y otros lugares distantes, donde lo expenden todo á un precio doblado. Esta medida bastará á mi ver, si no para cortar del todo la embriaguez en los indígenas, pues que ellos no lo hacen mal con sus licores de yuca y plátano, al menos para que la decadencia física y moral no siga adelante en tan desventurada raza.

Quizá alguno me dirá: si el indio de todos modos se ha de emborrachar, lo mismo da que sea con la yuca ó con

la caña: el alcoholismo siempre seguirá su curso, y no hay objeto en prohibir la venta por menor. Mi contestación á este argumento especioso es de las más formales. Los licores, diré mejor las chichas que hacen los indios, encierran poquísimo alcohol relativamente al volumen de su masa, y por más que beban y se hartan, como, aunque indios, su estómago no es un tonel sin fondo, al fin se llenan sin haber logrado absorber, aunque bien lo desean, la cantidad de líquido necesaria para quedar embrutecidos; cosa que no acontece con el aguardiente de caña que tiene, y esto aunque sea de mala calidad, un treinta por ciento de alcohol puro; y que el indio bebe con tal rapidez que es frecuentísimo, en Archidona, sobre todo, donde no faltan al día cinco ó seis ejemplares de lo que voy diciendo, ver á cada uno de esos desgraciados absorber hasta dos litros de aguardiente en menos de una hora, y quedar después como muertos hasta el día siguiente en que despiertan, como es justo, inhábiles por muchos días para todo trabajo corporal.

Mucho se han quejado, con doblada intención se entiende, los Misioneros Jesuítas, de que los hombres de raza blanca que vienen á estos lugares no se dedican en manera alguna á la agricultura. ¿Con quiénes se han de dedicar, si los pocos indígenas que talvez pudieran conseguirse para el cultivo de chacras, son incapaces de nada que demande alguna fatiga, gracias al aguardiente que les roba de día en día el poco vigor que pudieran tener? Aquí lo único que puede cultivarse es la caña; porque para eso sí, sobran los brazos; y trabajan con afán, como que saben que al fin del día el valor de su trabajo les darán en aguardiente y tendrán la inmensa dicha de quedar embrutecidos hasta la aurora. Esta es la razón porque, en más de treinta años que aquí viven algunas familias de origen blanco, no hay una sola que tenga una porción de terreno cultivado que merezca el nombre de hacienda. Aquí todo es mezquino, todo es pequeño. El comercio, la agricultura y hasta nuestras propias esperanzas. Escaso de todo, hasta de cabeza, nos damos por dichosos con tener un par de zapatos para andar por los barrizales engrandeciéndonos delante del indio, de ese ser desventurado á quien le hacemos creer que somos emparentados con los mejores caballeros del mundo, y sobrinos, cuando menos del Presidente de la República, facultados como tales para quitar la vida á todos los indios que no nos paguen lo que á fuerza de ardidés logramos hacerles comprar; satisfaciendo con ese pujo de aristocracia el maldito deseo que nos legaron nuestros conquistadores, de ser grandes á despecho de la humildad de nuestra cuna; como

si en el mundo hubiera nobleza mejor que la que dan el trabajo y la honradez. Pero vamos á otro punto, porque con eso de creernos descendientes de Bustamante el que hizo el Escorial á nadie le quitamos nada. Ojalá todas nuestras cosas fueran así; ciertamente, no necesitaríamos de tantos remedios.

La educación de la infancia.

Punto delicadísimo es este, puesto que hay que señalar las personas que deben velar por la nueva generación, ahora que muchos creen que el liberalismo consiste en mostrarse enemigos de todo lo que huele á sotana. Por dicha nuestra no nos dirigimos á esos liberales que odian al Clero, no por ningún sentimiento patriótico ¿qué entienden ellos de patriotismo? sino en fuerza de la corrupción de sus costumbres. Nos dirigimos á los hombres sensatos, á los que componen nuestro actual Gobierno, y que han sabido dar pruebas repetidas con exceso de saber apreciar el mérito y respetarlo, ya se oculte bajo el humilde sayal del religioso ó bajo los harapos del mendigo.

La educación de la infancia se impone aquí de una manera absoluta si se quiere que algún día la raza india vaya al par de sus hermanas en el banquete de la civilización. Para los adultos, para aquellos que tras largo padecer van caminando al ocaso de la vida, bastan algunas leyes bien comprendidas y mejor ejecutadas que mejoren de algún modo su infeliz estado. ¿Pero la infancia? La esperanza del porvenir necesita de cuidados especiales por parte de nuestro Gobierno.

Las escuelas son necesarias, y no una ni dos, sino tantas cuantos son los pueblos que existen. Mas, ¿quiénes son los maestros que van á venir á dirigirlos? ¿Serán los particulares? No me opongo, si se encuentran hombres dotados de paciencia, de virtud, de amor pero de amor inmenso para esos pequeños seres confiados á su custodia; de grande ciencia; pues cuanto más tosco y rudo es el discípulo, tanto más sabio y sagaz debe ser el maestro, á fin de sacar el partido posible de los cortos alcances del alumno; que conozca además perfectamente el idioma de estos lugares, y que esté pagado con esplendidez regia, para impedir que con torpes granjerías busque una recompensa justa á tantas fatigas, á tantas amarguras como las que tendrá que saborear en medio de estas selvas. Vengan en hora buena, si han de venir hombres así. Desgraciadamente esa clase de profesores no los hay, y es fuerza renunciar á tan risueña esperanza ó valerlos de hombres que por su estado estén en la obligación de ser así; valerlos del sacerdote. Dígase lo que se quiera; todo se frustrará á este respecto, si no se buscan á los sacerdotes;

y entre éstos, digámoslo sin miedo, sin ambages, si no se busca á los Jesuítas. Ellos, sólo ellos son los únicos llamados á formar hombres civilizados de esos niños que más contacto tienen con los brutos que con sus semejantes. Su ilustración, su valor, su paciencia y, sobre todo, su moralidad nunca desmentida en ningún tiempo, les colocan muy por encima de cualesquier otros maestros que pudiéramos buscar. Bien me hago cargo de lo mucho que de ellos se dice: Interesados, amigos de absorberlo todo en provecho propio, enemigos del progreso moral y material del país en que viven, asidos más á la política mundana que á la religión . . . ; pero tras de que todas estas aseveraciones son, por su naturaleza misma, muy discutibles, ¿dónde vamos á hallar ángeles? ¿dónde los hombres apostólicos que nos hacen falta? En nuestro Clero secular? El y á su cabeza el Ilmo. Arzobispo, nos han mostrado ya que, á pesar de las brillantes dotes que le adornan, no son los llamados á desempeñar ese ministerio. No; su caridad sólo se extiende hasta donde se extiende su interés, ó cuando más, hasta donde puede llegar la fama de sus buenas obras; es decir que, ó no tienen caridad, ó tienen una caridad farisáica. Que me desmientan si les es posible. Pero, cómo? si es notorio y consta en documentos oficiales el empeñoso afán con que el Gobierno del General Alfaro, ese Gobierno impío, procuró que fueran á la provincia de Oriente algunos sacerdotes, ofreciéndoles una renta si no crecida por lo menos capaz? ¿Y qué se logró? Que vinieran por seis meses tres sacerdotes, y eso á fuerza de súplicas y órdenes de su Ilma., que se juzgó comprometido y no quiso en esta vez mostrarse menos católico que el General Alfaro y su digno Ministro el Sr. Moncayo. Si, se juzgó comprometido y por eso lo hizo; no por amor á los veinte mil salvajes lise-minados en esta provincia, no por amor á los pocos habitantes de raza blanca que bien necesitados viven de pasto espiritual, ni por celo de la mayor gloria de Dios, que si por estas cosas lo hubiera hecho, se habría afanado, tan pronto como salieron los doctores Jurado y Torres, en enviar otros y otros que cultivaran con fe la viña del Señor, en vez de guardar un silencio más largo y desconsolador que el de las mismas tumbas. ¡Ah! pequeñeces humanas que lo mismo envilecen la tiara del pontífice como el capote del asesino. ¡Pobre humanidad! Siempre corriendo tras ese fantasma bello que se llama perfección sin hallarlo en ninguna parte; buscando siempre la grandeza y hundiéndonos en el lodo. La virtud no está proscrita de la tierra; pero si digo que es tan recio el huracán de las pasiones que sopla en torno nuestro; tan bello es Satanás

cuando con su látigo de fuego nos azota el corazón, cuando nos hiere los nervios haciéndoles sentir horribles crispaturas de placer, que pocos, muy pocos son los que avanzan por el sendero de la vida con el alma blanca como las alas de una paloma, fija la mirada en Dios y con la cruz á cuestas.

No busquemos, pues, esas primorosas sensitivas que se esconden á los rayos del sol temerosas de marchitarse; y contentémonos, ya que no es posible obtener lo mejor, con poseer lo bueno. No podemos hallar ángeles para que evangelicen y eduquen á los salvajes de la provincia de Oriente, démonos por dichosos con tener hombres; y ya que estos, tan grande en nuestra desventura, no podemos hallar en nuestro Clero, busquémoslos entre los hijos del intrépido Loyola. ¿Qué son temibles los Jesuítas? Y cómo no han de serlo si los hombres estúpidos que compusieron los gobiernos de Caamaño y Flores les pusieron en estado de mostrar la magnitud de sus fuerzas? Hombres de cabeza y poseedores como ninguno de la ciencia del corazón, hombres de valor temerario, para quienes la vida es un harapo que pisa el rico con desdén, si á trueque de ella han de alcanzar algo grande que dé lustre á su instituto, son temibles para todo Gobierno que se abandone confiado en sus brazos, sin tener presente que los Jesuítas son como una admirable lira dispuesta á producir las armonías del cielo ó los gritos de Satanás. Pero deslíndense los poderes, márqueseles el rumbo que deben seguir, y los hijos de san Ignacio serán las más poderosas palancas de nuestra civilización. Entrégueseles las escuelas del Oriente, confíeseles el arreglo de las poblaciones, puesto que estas sin ellas son incompatibles, pero sujetándolos siempre á la autoridad civil, sin permitir nunca bajo ningún aspecto, que tengan la más leve suma de poder temporal, y entonces, yo lo aseguro con la fe en el corazón, que en pocos años esta provincia cambiará de aspecto de un modo notable. Si nuestros Gobiernos anteriores hubieran tenido el acuerdo de no conceder á los Jesuítas el menor átomo de poder temporal, hace muchos años que habríamos ido marchando camino de la civilización. Por desgracia se dejaron alucinar. Creyeron que era preciso rodear al misionero de facultades omnímodas; creyeron que para catequizar al salvaje era preciso que un mismo individuo fuera á la vez soldado, sacerdote y verdugo. Hicieron todo del jesuíta, y éste, á su vez, juzgándose ya tan firme como el Coloso de los Andes, desatendió por completo la obra para la que había sido llamado, y, teniendo delante de los ojos sólo su interés, caminó á él rápido y certero como una saeta. Pero Dios que vela por la suerte de los pueblos, hace que

á veces se paren con un grano de arena las máquinas mejor organizadas. En esta vez nosotros, los habitantes de esta provincia, fuimos ese grano de arena que, si no destruyó, contuvo los ambiciosos proyectos de los Jesuítas. Entiéndase que no hablo aquí del comercio que ellos pudieron hacer á no oponérseles nadie. Los hijos de San Ignacio, hombres de ciencia, no sacrifican su reputación y su porvenir á la mezquina ganancia que les produciría la venta de algunas varas de lienzo; no, sus miras son más vastas, más oscuras, y por ellas, ya han corrido en esta provincia ríos de lágrimas, sangre de particulares y sangre también de misioneros: mas no es este el lugar á propósito para declarar cosas semejantes. Si algún día el Gobierno me apoya y yo me decido á publicar los "Misterios de Oriente" que por hoy, duermen el sueño del olvido en un rincón de mi aposento, esos intereses y algo más negro todavía, pondré de manifiesto ante la faz de la Nación alumbrados con los vivísimos rayos del sol de la verdad. Hoy por hoy es inútil insistir sobre esos secretos intereses heridos de muerte con el advenimiento del liberalismo al solio presidencial. Plegue á Dios librarnos de ellos para siempre, haciéndonos avanzar seguros por los senderos de la libertad, de la riqueza; de esta diosa fantástica que no nos hará nunca sombra con sus alas opulentas, mientras permanezca inculta y desierta la más bella y extensa de nuestras provincias.

Que se den las leyes conducentes al alivio de los indígenas, que los Jesuítas se encarguen de la educación de la niñez, que arreglen verdaderos pueblos, haciendo que sus habitantes no los desamparen nunca por razón ninguna; no por eso creamos haber conseguido mucho si con todos nuestros esfuerzos no tratamos de poblar estas regiones. Caamaño que en su aciago periodo presidencial, hizo cuanto malo puede haber en cabeza humana, tuvo no obstante la feliz idea de establecer una colonia en la provincia de Oriente, encargando la ejecución de esta obra redentora á un hombre como el Dr. Andrade Marín, patriota entusiasta y jurisconsulto distinguido. Por nuestra mala suerte á esa obra redentora se opusieron los Jesuítas que en ese tiempo eran todo; pero se opusieron como siempre, mostrándose ardientes defensores de lo mismo que querían destruir, y suplicando modestos que no era posible que los colonos llevarsen mujeres á tan largas distancias, tanto por la moralidad como por lo incómodo del viaje.

Quizá el doctor Marín no comprendió el golpe que le daban con esa súplica humilde dirigida al Gobierno, aunque lo sintió en sus adentros al ver que no se le permitió llevar más que una sola mujer, y ésta con cer-

tificado médico de que era inhábil para todo hasta para caminar, pues era enferma del útero. Una mujer, una inválida para atender á más de trescientos hombres en la comida! ¿Qué resultado feliz pudo dar una colonia de célibes que nada tenían de religiosos ni habían hecho voto de castidad? Sin embargo, debido á los perseverantes esfuerzos del Dr. Marín, todo fué bien durante los primeros meses; todo fué bien mientras los colonos reponían la robustez perdida con tantas hambres y trabajos como tuvieron que soportar en el camino. Pero llega el día del descanso; llega el día en que los ardores de un sol tropical hacen que la sangre de esos hombres comience á correr con extraña agitación, y al darse una mirada satisfactoria, se encuentran incompletos, y echan á correr abandonando sus trabajos tan llenos de esperanzas, echan á correr sin tomar aliento hasta llegar á Quito, donde pueden completarse sin gran trabajo.

Pensemos nosotros también en una Colonia, pero no de cenobitas ni de solitarios de la Tebaida. Procuremos poblar el suelo oriental como se han poblado otras partes del mundo más civilizadas que la nuestra; permitiendo que la mujer ocupe el lugar que le corresponde en esa clase de empresas.

Hace muchos años que el Gobierno peruano deseoso de librar á Lima de la corrupción que le invadía, recogió y mandó para Yquitos un ejército de más de doscientas prostitutas. Ahora es pequeño puertecito que antes no pasaba de ser un caserío, es una ciudad floreciente. Muchos ejemplos pudiera citar como este, tomados de la historia de países como Portugal, Bélgica, España y Francia, en apoyo de la opinión que tengo á este respecto, de que ningún país ha tratado nunca de colonizar lugares desiertos sin enviar antes unos cuantos centenares de esos seres cuanto hermosos corrompidos que forman la masa flotante de nuestros pueblos. No por esto quiero decir que si el Gobierno acoge nuestra idea esté en la obligación de enviar cuanta mujer caiga en sus manos. Apunto lo que se ha hecho en otras partes y nada más, dejando á nuestros políticos el cuidado de ver si conviene ó no. Muchas cosas que la ignorancia ó la necesidad excusan en ciertos tiempos, son en otros mirados como grandes crímenes. Haré presente, sin embargo, que de Guayaquil, el señor Clemente Ballén envió á Galápagos cuantas damas pardas pudo haber á manos, y creo que la medida no produjo malos resultados ni en la patria de Olmedo ni en esas desiertas islas. Sólo que aquí hasta eso es imposible por la falta de vías de comunicación. ¿Cómo vendrían esas pobres mujeres, ni como algún mala cabeza se atrevería á seguirlas, sabiendo que se jugaba la vida en tantos abis-

mos como se abren á cada instante bajo los pies del viajero en tan infernal camino? Renunciemos, pues á todo, pero no para siempre. Espesos son los nubarrones que cubren aun el cielo ecuatoriano, todavía nuestras tierras se estremecen sedientas de sangre, y el eco del cañón no se ha perdido del todo en los espacios. Oscuro está nuestro porvenir, pero tengamos fe en los hombres públicos encargados de conducirnos por el camino del progreso, y esperemos confiados que luzca pronto la aurora de nuestro bienestar. Que si lucirá, porque no es obra de romanos la que propongo, y porque allí estáis vos, General Alfaro, allí está el viejo Constitucional, el indomable Peralta y con él Moncayo, cuyo corazón muchas veces ha llorado con amargura las desdichas de esa raza infeliz condenada por su atraso á ser humilde esclava de sus hermanas. ¡Vosotros los que tantos bienes habéis hecho en otras partes, no tendréis para nosotros nada? No es un pueblo próspero el más acreedor á los beneficios de un Gobierno; la desgracia también crea derechos ineludibles que un magistrado no puede echarlos al olvido so pena de manchar su gloria, de infamarse. Nosotros somos desdichados. Sin Dios ni ley caminamos á tientas amordazados por la ignorancia, oprimidos por la mala fe, humillados por la rutina, sin más consuelo en medio de tantos dolores, que sentir todavía latiendo dentro del pecho el corazón esperanzado. No tenemos nada y por eso pedimos todo; la desgracia procede siempre con osadía. Pero á vosotros toca darnos sólo lo que buenamente sea posible. Al ciego le basta una sola chispa que aclare sus pupilas en las que duerme la noche para soñar que ve. Sed generosos y grandes con una raza que nada puede daros en cambio de los beneficios que le vais á hacer, á fin de que merezcáis una vez más el aplauso de los buenos y la gratitud de la Patria. Tended vuestra mano, General Alfaro, y nos hará sombra. Dad lo que podáis; y si en tan difíciles circunstancias no se puede nada, procurad al menos que no nos falten sacerdotes.

En un país esencialmente católico como el nuestro, son más que útiles, indispensables. Quitárnoslos es quitarnos disimuladamente la fe que profesamos, pues, aunque muchos como el General Franco y el Sr. Ugarte, digan convencidos que á nadie se le hace mal ninguno privándole del influjo del sacerdote, que la religion de cada uno está en el corazón y no en las manos de un fraile; tal proposición encierra un absurdo monstruoso. Hacer eso y creer que somos verdaderos católicos, es lo mismo que creer que después de cortadas las piernas estamos en estado de perseguir un gamo á la carrera.

¿Se puede concebir una religión sin ministros, sin altar? Talvez el señor Franco la conciba, yo sólo sé decir que salvo el escepticismo que es la negación de todo, ni el islamita, ni el germano, ni el indio, ni el chino, han sido capaces de creer que destruídos sus altares puedan quedar en pie, mantenerse incólumes sus creencias.

Cuando la Roma pagana vió rodar por el polvo su Júpiter Olímpico, cuando su hermosísima Venus volvió á esconderse desairada bajo las aguas del Ponto, cuando vió á sus alegres bacantes buscar pudorosas un harapo para cubrir la hermosa desnudez de su carne sonrosada, tras de la cual se escondía aún un fuego lascivo y delirante, no pensó que su religión tan largos siglos mantenida al calor de la ignorancia, era capaz de vivir un día más. Al contrario, la creyó perdida para siempre y cubriendo de besos su casta Diana se sentó sombría á llorar sobre las ruinas de su templo.

Si fuera el sacerdote un ser inútil para el católico, no habría Jesucristo ordenado á Pedro con tanta vehemencia que apacentara sus ovejas.

Sólo el sacerdote, sólo ese hombre divino á pesar de sus vicios, tiene palabras de consuelo para los corazones enfermos. Sólo él por el sacramento augusto que tiene en sus manos puede rasgar las tinieblas de una alma dolorida, hacer que cesen sus tempestades y que sobre ese cielo negro brille el sol de la esperanza.

Liberales somos pero no descreídos. Perseguimos con fe ese fantasma dorado que se llama progreso, pero hombres y no asnos, esperamos también el premio de nuestras fatigosas luchas al otro lado de la tumba.

Si los avanzados, no diré liberales, sería ultrajar tan honroso nombre, si los avanzados impíos quieren que, como ellos, hablemos con desprecio triturador del sacerdocio, mándennos por acá todo aquello que alcance á corrompernos; y entonces, cuando en el fondo de los lupanares por obtener las caricias de una mujer impura, enterremos nuestra salud, nuestro honor y el porvenir de nuestros hijos, cuando nuestro hogar sea el garito, nuestra familia los tahures, nuestra dulce armonía el chocar de las botellas y nuestra oración más santa las blasfemias del condenado; entonces, digo, como ellos nos arrojaremos rabiosos á despedazar todo aquello que tienda á despertarnos del vergonzoso estado en que vivamos, y como ellos nos echaremos felices en la piara. Pero mientras ese día llegue, Dios quiera que no llegue nunca, es inútil querer que dejemos de pensar como católicos, como hombres de razón. Y esto aunque no fuera por nosotros, la individualidad, el yo, no tiene aquí razón de ser; lo pensaríamos con el ob-

jeto de ver poblaciones verdaderas de hombres civilizados en las imponentes selvas del Napo, morada al presente de salvajes y de fieras. Convenceos, General Alfaro, lo que no haga en el Oriente el Sacerdote cristiano, no lo hará nadie. La raza india no está en estado de aprovecharse de ninguna clase de garantías. Está en la infancia todavía; es incapaz de comprender nada y antes de enseñarla á ser libre, es necesario educarla para que sepa hacer buen uso de su libertad.

El indio de la provincia de Oriente, teme y aborrece á los hombres de raza blanca y aun cuando no los aborrezca, le son indiferentes. En esos corazones de pedernal no cabe el amor ni para ellos mismos ni para sus hijos, menos para los hombres de origen distinto á quienes él, en su estupidez, no cree ni semejantes. Si, admírense todos: el *yumbo* del Napo se cree superior á los hombres civilizados. Pero este salvaje, este ser primitivo tiene gran respeto por el sacerdote, busca su compañía y solícito le mantiene. No entiende mucho los misterios de nuestra religión, pero le gusta asistir á ellos. Las fiestas en honor de sus santos son para él media vida, tanto por el poco de devoción que les tienen, como porque en la fiesta se bebe, se baila hasta que los pies dicen no puedo más. Y tanto amor profesan á esta clase de regocijos, que, desde que no los tienen, desde que les falta el sacerdote, no tienen apego alguno á vivir en poblado, no se reúnen casi nunca y concluirán al fin con irse cada uno por su lado abandonando esos fantasmas de pueblos en los que nada tienen que hacer.

Esta sola razón bastaría para que el Supremo Gobierno procurara enviar cuanto antes algunos sacerdotes; tanto más cuanto que no soy yo solo el que mantengo esta opinión. El Gobernador, Sr. Sandoval, la sostuvo también aunque pidió al Gobierno que se expulsara á los Jesuitas. En ese tiempo, hace cuatro años, la sangre de Ricardo Villafaña á quien mató el H^o. Luis Mejicanos, estaba aún fresca y no se podía mirar sin horror á unos sacerdotes, ministros del Dios Altísimo, que infamaban su ministerio asesinando de un modo tan villano; y Sandoval tuvo razón de pedir tal cosa, aunque comprendió el mal grave que iba á venir con semejante medida sobre todas las poblaciones de indios. El ex-Gobernador Sr. E. T. Hurtado, también ha sostenido la misma opinión; tanto que, gracias á sus esfuerzos se obtuvo que el Gobierno mandara tres sacerdotes, de los cuales sólo dos, los Señores Raimundo Torres y Víctor Gómez Jurado, visitaron la provincia entera, bien que el Dr. Torres en esa visita no se haya mostrado, como debía, hombre verdaderamente

apostólico; pues se negó á perdonar los derechos matrimoniales á unos indios infelices que apenas tenían un harapo para cubrir sus carnes. No diré otro tanto del Dr. Víctor M. Gómez Jurado, que, con generosa hidalguía, hizo cuanto bien pudo; llegando á tanto su desprendimiento, que despreció una considerable suma de dinero que le ofrecían para ir desde Archidona á la Coca á celebrar algunas fiestas y no vaciló un solo instante, algunos días después, en ir á ese mismo lugar, despreciando pelegros y fatigas, y esto sin ganar un solo centavo, con el objeto de prestar los últimos socorros á un moribundo. ¡ Ah! si sacerdotes como éste se pudieran conseguir siempre nunca, nunca nos acordaríamos de los Jesuitas. Pero esas almas generosas son raras y es fuerza resignarse pidiendo lo que más á mano está; aunque sí diciendo una vez más con toda la fuerza de nuestro corazón: Vengan Jesuitas, pero sujetos á la autoridad civil en todo y por todo. Si así no han de venir, no los queremos tampoco, no vengan nunca. Dios nos tomará en cuenta nuestros buenos deseos. Todavía resuenan en nuestros oídos los gritos destemplados y groseros de un Jesuita, Gaspar Tovía, dueño absoluto del Oriente, en otros tiempos, que, con la insolencia de un Señor, pedía fuesen expulsados de esta provincia todos los blancos á pretexto de que eran unos bandidos. ¡ El! queriendo arrancarnos del suelo que nos pertenece; él dando y quitando leyes en un país ajeno que debía mirar con gratitud, pues le abrió sus puertas amoroso y le mató el hambre que traía de oro y honores.

Mas no lo extrañemos; para los Jesuitas hemos sido siempre nosotros unos ladrones dignos del presidio y de la horca. Han cargado sobre nuestras espaldas todas las ignominias que ellos cometieron, y, dividiendo el poder con la Autoridad civil, han logrado que ésta apoyase sus aseveraciones, y nos han hecho aparecer ante los Gobiernos como verdaderos verdugos del indio, en tanto que ellos sólo eran los padres amorosos que se valían del castigo como de una medicina amarga; tanto cuanto basta y nada más. Y no obstante, el blanco no ha azotado jamás á un indio; le habrá ultrajado de otros modos, no me opongo, pero con el látigo nunca. Ese instrumento de tortura se ha quedado sólo para los misioneros, que han hecho gala de él en todo tiempo y que no pocas víctimas ha causado en manos de muchos sacerdotes, sobre todo en las del P. Manuel Puertas y el H^o. Coroso, ese par de Nerones del Loreto, cuyo mayor placer consistía en ver retorciéndose entre sus manos á sus víctimas ensangrentadas y casi moribundas. Y sin embargo, ¿quién que lea las interminables cartas que el P. Vicario Gaspar Tovía enviaba men-

sualmente al Presidente de la República, es capaz de creer lo que digo? En ellas ese santo misionero que andaba siempre metido en un jeme de barbas y tras una barricada de anteojos, aparece como un hombre infatigable para hacer el bien, siempre en correrías apostólicas, dizque catequizando á los infieles Avijiras, cuando en lo que realmente andaba era vendiendo una partida de imágenes á precios no muy equitativos que digamos, mientras sus hermanos, los otros misioneros, procedían con suma regularidad, predicando y diciendo misa los domingos, *palabras textuales*, día en que los jefes de familia daban cuenta al Padre de lo ocurrido en la semana; después de lo cual se arreglaban los matrimonios y se dirimían las querellas.

¿Qué hermoso cuadro, ¿verdad? Aquí el Jesuita aparece como un Patriarca; pero esta pintura es falsa. El sermón no era una amonestación, era una pelea, en la que el misionero nos decía á gritos que éramos unos ladrones incapaces de sacramentos, y que lo mejor que podíamos hacer era irnos de la provincia. El jefe de familia no daba cuenta de lo que se hacía en la semana ni se dirimía ninguna querella; lo que se hacía era desgarrar las carnes de esos desdichados, hasta el extremo de que muchos indios, locos por el dolor, se suicidaban ansiosos de librarse de una vez de tantos castigos. Sí, se suicidaban. En Archidona una pobre mujer, una india, á quien el misionero azotó con exceso, se levantó furiosa y dándole á éste una bofetada le dijo: padre, así duele; corriendo en seguida al bosque con precipitada fuga. ¿Y qué hizo el que dirimía las querellas? Mandó una comisión de indios á que la tomaran; pero, al fin de una misma raza, se compadecieron de ella los comisionados cuando les hizo presente que si la llevaban donde el Sacerdote, éste la mataría á látigos, y que la dejasen más bien morir envenenada. Se compadecieron, y antes que entregarla á su verdugo, le dieron ellos mismos el veneno. ¿Y en el Ahuano? Allí también llegó el domingo, día de dirimir las querellas. Pregunta el misionero por qué no ha venido cierta india á misa; los parientes de ella contestan que ha parido la víspera, que está en cama; pero el Padre pone en duda lo que le dicen, manda á traerla y no se compadece cuando la ve en su presencia, pálida, sin fuerzas, dejando un reguero de sangre por donde camina; y no se compadece y descarga el látigo maldito sobre ese cuerpo exánime que á las pocas horas dejó de existir presa de una emorragia fulminante causada por el dolor y el miedo. Y en el Loreto? También es domingo, día en que el misionero y su digno acólito el H^o Coroso, el hombre más malvado que pisa la tierra, van á dirimir las querellas. Una pobre india está

en vísperas de dar á luz un nuevo ser, y se sienta en la iglesia á causa de la fatiga; pero el H^o. Coroso la hace volver á ponerse de rodillas á latigazos. El dolor y el susto le ocasionan la muerte á esa pobre mujer. El parto se hace imposible, está agonizando, pero hasta su agonía es la de una mártir, pues dicen que, viva aún, mandó el Padre abrirla el vientre para salvar la criatura.

Estas son las bellas obras que debemos á los Jesuitas armados del poder que nuestros Gobiernos inconsultamente pusieron en sus manos. Y no obstante, esos mismos hombres, esos sacerdotes, para quienes el mejor arrullo fueron los gritos de dolor, cuando algunos Gobernadores, horrorizados de tanta crueldad, han pretendido cumplir con la Ley, extirpando semejantes tiranías; cuando el poder civil y el eclesiástico han estado débilmente separados; mejor dicho, cuando el Gobernador ha disentido en algo de la opinión de los misioneros, éstos han cumplido con su deber de una manera admirable. El cuadro entonces ha sido diferente. Los gritos de dolor se desvanecían poco á poco y el orgullo y altivez del Jesuita, se convertían en amorosa humildad. Entonces no acopiaban oro, lo arrojaban con grandeza, como sucedió en el Ahuano, en donde ese mismo Padre Tovía, hablador como veinte y grosero como él solo, al recibir de manos de los indios el oro, producto de las fiestas que había hecho en ese pueblo, lo arrojó por el suelo desdeñoso, gritando desesperado: *non vestra quaerimus set vos*. (No queremos vuestras cosas sino vuestras almas). Un clérigo de los nuestros no hubiera hecho eso; se habría guardado santamente ese oro que legítimamente le pertenecía. El Jesuita no; se les acusaba de ambiciosos, de avaros, y era necesario tapar con un acto generoso la boca de sus enemigos. Hay árboles que sólo ponen de manifiesto su rica savia cuando el hacha les penetra honda. Los Jesuitas son esos árboles. Asperos é inútiles cuando están vestidos de la corteza del poder, abren los caudales de su virtud cuando se ven oprimidos, casi agonizantes. El rruiseñor canta sólo en el silencio de la noche, cual si quisiera con sus melodías calmar los dolores de los corazones melancólicos; y los hijos de San Ignacio nunca son tan nobles ni desprendidos, nunca tan misericordiosos y útiles, como cuando por todas partes ven para ellos un horizonte negro y amenazador. Oprimirlos, es para que pongan de manifiesto el bálsamo riquísimo de su caridad; engrandecerlos, es para que nos muestren las zarpas del león y nos devoren.

Cierto, los tiempos han cambiado mucho. El liberalismo como una chispa de fuego sobre un reguero de pólvora lo ha inflamado todo, alumbrando con magnífico es-

plendor los confines de la Patria, pero no debemos fiar demasiado de nosotros mismos. Es mejor atenernos al *caveant consequentiaris* de Leibnizt, que tener que lamentarlas. Mucho hemos sufrido, y aunque amo y respeto como ninguno al sacerdote, no me gusta ver en sus manos consagradas el látigo del poder.

Quizás mis temores sean exagerados á este respecto, sobre todo en tratándose de esta provincia gobernada desde el advenimiento del liberalismo por hombres rectos y honrados como los Sres. Hurtado y Nevárez que pueden atajar todo desafuero; pero más vale así, y esto sin quitar el mérito de ninguno de ellos. Al contrario, les creo muy dignos de continuar en el puesto que ocupan y aun en otro más elevado, pues gracias á ellos el débil ha hallado justicia y reparación y se ha gozado de tranquilidad relativa.

No nos han hecho muchos bienes materiales, porque esas leyes, esas innovaciones no pueden emanar de una autoridad subalterna, pero todo lo que el Gobierno les ha ordenado, lo han puesto en ejecución con asombrosa presteza y rectitud. Relativamente, pues, han hecho mucho y mayores cosas harán cuando el Supremo Gobierno busque la manera de mejorar nuestra situación, desde el momento que en ellos hallará los más fieles ejecutores de sus órdenes.

¿Mas cuándo será ese día tan dichoso en que los hijos de la provincia de Oriente vean al Jefe de la Nación interesándose por ellos?

Esperar eso de Caamaño habría sido una locura; esperar en vos General Altaro; en vos y los hombres que componen vuestro Gobierno, como Peralta y Moncayo, es un deber. Abrigamos la firme convicción de ser atendidos, si no en todo, al menos en algo. Os conocemos de atrás, Sr. General, y este conocimiento aviva en nosotros la esperanza.

Vuestros buenos deseos no nos son desconocidos desde el momento que vuestro Mensaje, en el que con tanta vehemencia encargásteis al Congreso las leyes para la provincia de Oriente, es una valiosa prueba de lo mucho que os interesa esa desgraciada región. Por desdicha esas leyes son deficientes y algo más que no quiero decir por el respeto que debo, como ecuatoriano, á los Padres de la Patria; pero sí séame permitido manifestar que al dictar esas leyes, ninguna de las dos Cámaras pensó en lo justo ni en lo conveniente; no por falta de luces ni de talento, sino por falta de conocimiento. Querer desde una curul de senador dictar leyes apropiadas para una selva que sólo de oídas se conoce, es tan absurdo como si los habitantes del Napo quisieran dictar los reglamentos que deben re-

gir en la aduana de Guayaquil. Para esas cosas se necesita más que patriotismo, profundo conocimiento del país, conocimiento que niego á todos los hombres que compusieron las Cámaras Legislativas. Examinemos si no ese conjunto de leyes y se verá que son sólo una copia vulgar de las expedidas en los aciagos tiempos del Gobierno conservador, con ciertas añadiduras imposibles aún en pueblos acostumbrados al despotismo y la barbarie.

Los indios de Oriente, aunque sumisos y medrosos en extremo, no son de los que se prestan á servir por fuerza en el servicio de *pongos* y *huasicamas*, como dicen nuestros legisladores, robando palabras á un idioma extraño; no; esos bárbaros, libres como el viento en sus montañas, no tolerarían por su carácter y por su misma indolencia, ese trabajo forzado y continuo que consume lentamente á los indios de las poblaciones interandinas cien veces más desdichadas que los habitantes de las selvas del Napo. Por otra parte, ¿con qué derecho, con qué razón, conculcando los principios más obvios de justicia, se castigan allí faltas que en nuestros códigos están puntualizadas, con penas exageradas? ¿Por qué se hace á la provincia de Oriente, con mengua del derecho de gentes, de peor condición que sus hermanas?

A un hombre que no paga el salario á sus jornaleros, el juez le obliga á hacerlo por medio de la fuerza, y si reincide le aplica la multa correspondiente, pero no se le expulsa del territorio, ni se le exigen certificados de buena conducta para entrar en él. Eso es monstruoso, y no creo que en ningún país del mundo haya una ley semejante. Pero aunque no lo fuera: ¿están acaso las selvas del Napo tan llenas de habitantes que procuremos librarnos de ellos por cualquiera cosa? ¿O se cree, por ventura, que la provincia de Oriente es un país encantado al que sólo deben arribar los justos? ¡Los justos! ¿en dónde están? En el mundo la perfección es imposible; nuestra naturaleza corrompida está siempre sujeta á las pasiones y no puede llegar nunca á ese grado de pureza que sólo es posible ver en el cielo.

Que se expulsen á todos los que en la actualidad viven en la región Oriental; otros que vengan tendrán también que salir en virtud de esas mismas leyes, y el Napo será siempre una selva desierta y nada más; porque ya lo he dicho; en la tierra sólo hay hombres, ángeles no. Además, prescindiendo de todo, ¿han medido los señores del Congreso el abismo á que puede conducirnos esa ley, apta sólo para satisfacer las más ruines venganzas?

En las Leyes de Indias, las más prudentes que el mundo ha visto, se prohíbe que al indio se le tome declara-

ción bajo de juramento, porque todos son propensos á la mentira; y esto es tan cierto, que basta la más leve, no diré amenaza, sino muestra de disgusto en una autoridad; para que el indio del Napo, conformándose con el deseo del que le pregunta, sea capaz de decir que San Pedro y toda la corte celestial le ha venido á robar y vender por la fuerza. ¿Qué dificultad habría, pues, en que una autoridad, fundándose en tan mezquino testimonio, satisficiera su venganza expulsando á una persona honrada? No digo que esto ha de suceder invariablemente, pero la sola probabilidad de que así suceda es bastante para hacer mirar con desconfianza semejante ley, y las demás que se han dictado para el Oriente, donde, sin causa alguna, se suprime el cargo de Comisario de Policía, dándonos en cambio jueces de letras, alcaldes municipales, jueces civiles y toda esa balumba de empleados buenos sólo para los países medianamente civilizados. Yc quisiera que alguien de los que dictaron las leyes de Oriente, me dijera si en algún tiempo, desde hace trescientos años, el indio del Napo ha tenido necesidad de entenderse alguna vez con un Juez de Letras. Se dirá talvez que ellos no; pero si los habitantes de raza blanca, cosa que no carece de razón, al menos en la apariencia. En efecto, en una ciudad como Archidona capital de la provincia, y residencia del Gobernador Pero saben aquí lo que es Archidona? Esa famosa capital tiene contadas una á una, y cuyos nombres pudiera citar; pues conozco á todas, cinco familias de raza blanca. ¿Y para tan corta población tenemos Gobernador, Juez de Letras, Alcalde Municipal, Juez Civil, Teniente Político, y doce celadores? ¿Por todo diecisiete á mandar y cinco sólo á obedecer? ¿Hay tal despropósito? Y luego, ¿dónde van á ir todos esos señores empleados? El Gobernador vive en la casa que sirvió de convento á los Jesuitas, el Jefe Político tiene su despacho en la sacristía de la iglesia, y la Comisaría está en la casa que tuvieron las monjas del Buen Pastor. Si no van, pues, todos esos señores empleados á vagar por los bosques como fieras ó á dormir en el hueco de los árboles, no sé donde vayan con sus respetables personas; porque más casas disponibles no hay; y no se crea esto exageración mía, no; allí están los documentos oficiales que lo comprueban, y aun cuando estos no existieran, allí están los empleados de gobierno que podrán decir cuan cierto es todo lo que afirmo aquí.

Queda con esto demostrado que en el estado actual de Archidona, no hay necesidad de tantas autoridades; ni al Gobierno le conviene tampoco. Esta es otra verdad que no admite duda. Las difíciles circunstancias por las que

atraviesa la Patria no son para derrochar sin objeto nuestras escasas rentas.

¿Conque no tenemos ni para pagar á los pocos empleados que en esa provincia pasan necesidades que no hay para qué decirles, y vamos á tener para engordar á un Juez de Letras y un Alcalde Municipal con amanuenses y todo?

Allí no hay necesidad de un ejército de empleados, sino de pocos pero buenos. Hombres de cabeza que procurando economizar el dinero de la Nación, sepan hacer todo el bien posible. Esta opinión no es mía, pero la adopto con orgullo, desde el momento que procede de hombres como Alfaro, Peralta y Moncayo. Ellos, en efecto, no sólo de palabra sino con sus actos, han demostrado continuamente que la economía es la primera base de la riqueza, del bienestar y hasta de la fuerza de un Gobierno. Y esto no necesita que lo demuestre; pues gracias al cuidadoso tino y honradez con que los hombres que actualmente nos gobiernan, ven por los caudales de la República, tenemos con qué contrarrestar la invasión que por todas partes nos amenaza, amparada desde el Perú por el oro de los Jesuítas.

Felices nosotros si hubiéramos sabido gozar en paz el fruto de esa economía; si en vez de tener que comprar con ella un soldado que vaya á jugarse la vida en los campos de batalla matando á sus hermanos, la hubiéramos aprovechado en obras que aumenten el bienestar de la Nación. ¡Cuánto oro derramado inútilmente, cuántas vidas segadas sin objeto por satisfacer el odio ó la avaricia de unos pocos.

Mucho hablamos de patriotismo, de amor, de grandeza, pero esas prendas tan decantadas ¡cuán pocas las tienen!

Dicen los conservadores que la patria necesita regenerarse, que es necesario bañarla en sangre de liberales, de impíos, para que se purifique; que la religión está herida de muerte y que por ella es necesario sacrificarlo todo. Pero ¡ay! cuán lejos están de la verdad. Eso de religión y patria es un pretexto inciuo con el que tratan de subir al poder, no para otra cosa que para esquilmar más y más á nuestra pobre Patria: Supongamos por un momento que los conservadores, arrollándolo todo, pisen otra vez el solio presidencial. ¿Se sabe lo que sucederá? Pues lo de siempre. La prensa no descansará diciendo que cayeron los impíos, que la Patria por fin se ha levantado vengando su vergonzosa esclavitud, las campanas se echarán á vuelo en señal de regocijo, el humo del incienso subirá en torrentes hasta el cielo desde las iglesias; pero no por eso quedaremos ni más cristianos, ni más felices. El partido triunfador presentará los gastos de guerra, los conventos

cobrarán del tesoro público veinte veces más de lo que prestaron en momentos de conflicto, la Nación se verá en mil apuros para pagar los millones gastados, y nosotros . . . quedaremos como siempre, dándonos por satisfechos con haber mudado de Gobierno, pero no de fortuna.

Una revolución contra un Gobierno constituído nunca puede ser buena ni traer felices resultados para el pueblo, á menos que en ella no se interese el honor nacional, porque entonces, vale más vernos cubiertos de sangre y de harapos que vivir con el lujo de un sibarita revolcándonos en el lodo de la infamia. El partido liberal hizo bien levantándose con la energía suprema de la desesperación y reivindicando la dignidad de un pueblo torpemente ofendido por Cordero. El asunto fué grande, la lucha heroica. ¿Lo será el de los conservadores? Los unos lucharon por honor, los otros porque se baten? Parece mentira, pero nadie me negará que los conservadores no van al combate por defender la patria ni la fé, sino por acrecentar los bienes de unos pocos malos sacerdotes, que desconociendo su misión sublime, roban el oro que deben á los huérfanos y viudas para tirarlo en el campo de batalla convertido en sangre.

Desengañémonos; la fé no está en la mayor ó menor riqueza de los ministros del altar. La virtud es humilde, su regio manto la pobreza, sus blasones la oscuridad. El oro la oscurece, el interés la enloda.

Luchar como luchó la Francia cuando vió rodando por el polvo su Dios y sus altares, es sublime; luchar como lo hacemos nosotros por satisfacer la ambición de unos pocos, es estúpido. Afortunadamente el pueblo reconoce mejor que ahora veinte años cua es son sus verdaderos intereses y permanecerá impassible al oír los desafortados gritos de los falsos católicos que tratan de confundir dos cosas enteramente distintas: Dios y el dinero. La mayor ó menor riqueza de los Ministros del altar no tiene nada que ver con la religión. Si así no fuera, Jesús mismo, para predicarla, se habría rodeado de esplendores terrenos, habría hecho brotar bajo sus pies, al empuje de su palabra, montes de oro, antes que nacer en medio de la más espantosa miseria, del más triste silencio. Luchemos en hora buena; luchemos hasta morir; pues la caída nunca empequeñeció el intento, pero no vayamos al combate arrastrados por el fanatismo como esclavos, sino dirigidos por nuestra propia conciencia que no nos permitirá nunca caer de rodillas ante un ídolo de barro cubierto de ignominia, sino ante el Dios de las alturas.

Río Napo, 1899.

FIDEL ALOMIA.